

EL HOMBRE DE SU VIDA

Carmen Posadas

One man 's dream is another man 's nightmare.

ELLICE HOPKINS

En la vida de la señorita Ana Isabel nunca había habido un hombre. Si descartamos a su primo Esteban, a quien tuvo que abofetear un día, con catorce o quince años, mientras jugaban a médicos, y si olvidamos también el roce bastante obsceno que le propinó un joven en un baile hacía ya muchos años, no había habido en su vida ni un solo episodio que pasara de la más estricta y aburrida decencia.

Quizá sea necesario mencionar que nuestra señorita pertenecía a esa generación de mujeres educadas en la creencia de que con un beso de amor podían quedar embarazadas, y que luego acabaron quemando sostenes y prejuicios en plena vía pública. Sin embargo, ella nunca llegó a dar tal paso.

Había vivido siempre en una ciudad de provincia, ni muy grande, ni muy pequeña, y como muchas otras señoritas de su condición, se aferró demasiado tiempo a una moral trasnochada. Cuando quiso cambiar de estrategia ya era tarde: tenía cuarenta y seis dispépticos, rollizos y varicosos años.

Su vida, si exceptuamos el capítulo sentimental, era plácida. Cuidó de su madre hasta que ésta murió, dejándole una pequeña herencia, y entonces se trasladó a un soleado pisito en un barrio residencial. Todas las mañanas salía para acudir a su trabajo en una expendeduría de tabaco, que era también legado de su familia.

Le gustaban mucho las plantas, adoraba los animales, los viajes, y todos los meses el estanco le proporcionaba una bonita suma de dinero. Su vida, por tanto, estaba llena de pequeños disfrutes, esos que otras mujeres, más satisfechas en el terreno sentimental, dicen añorar; y su posición desahogada le permitía hacer frente a todos sus antojos —un viajecito aquí, un abrigo de zorros allá— sin tener que dar cuentas a nadie. Por todo esto, Ana Isabel casi, casi, se había acostumbrado al tedio y la felicidad de una vida plana, cuando de pronto irrumpió, descabalándolo todo, el hombre de su vida.

Lo curioso del caso es que dicho hombre no apareció de un modo convencional; quiero decir, que no se presentó una mañana en el estanco a comprar Fortuna, tampoco la abordó en cualquier cafetería, ni se dio a conocer por medio de una amiga. No. Lo hizo de una manera mucho más extraordinaria: invadió su casa, su cama y, más concretamente, sus sueños.

En efecto, de un tiempo a esta parte, cada vez que la señorita Ana Isabel cerraba los ojos para el merecido descanso nocturno, al poco rato aparecía en su imaginación un hombre alto, de unos veinticinco años, con una cara inquietantemente salvaje, que le

recordaba a cierto actor de la tele que hacía siempre papeles de malo, pero cuyo nombre Ana Isabel no sabía pronunciar porque era muy difícil. Entonces, aquel hombretón soñado se acercaba a ella, su expresión salvaje se tornaba sonrisa, y la abrazaba. Este sueño se repetía noche tras noche con deliciosa puntualidad, y cada vez, ella podía descubrir nuevos pormenores sobre él.

En una ocasión, antes de que sus cuerpos se unieran en tan apasionado encuentro, Ana Isabel tuvo la oportunidad de apreciar un detalle de la fisonomía del extraño que hasta entonces le había pasado inadvertido. Fue durante una noche especialmente turbulenta, debido sin duda a una de sus malas digestiones, cuando creyó ver cómo los labios de su amado, un poco más abiertos de lo habitual, descubrían un feo colmillo de oro. Hay que decir que tal revelación la desconcertó, pues ella era de la opinión de que los sueños de amor debían de ser perfectos. Pero luego, por el contrario, acabó convenciéndose de que un pequeño fallo dental como aquél, era muy de agradecer, pues daba al romance un aire aún más veraz.

Ahora la vida de la señorita Ana Isabel era sencillamente perfecta. Durante el día, iba y venía despachando timbres y chicles, cantando como una calandria; por las tardes, regaba sus plantas y no sólo les hablaba, sino que además les daba unos tironcitos cariñosos a las hojas más perezosas. Luego, qué suerte, llegaba la noche.

Hay que decir que lo que más le gustaba a Ana Isabel del hombre de su vida era, precisamente, que hubiera tenido el buen tino de aparecer en sus sueños y no en la realidad. A su edad, y con su físico, tener un novio tan joven y guapo como Gonzalo (ella lo había bautizado así) hubiera sido más que un problema, hubiera sido un tremendo ridículo social. Pero además de evitar el delicado tema del qué dirán, Ana Isabel opinaba que este amor onírico reunía otras cualidades igualmente importantes. Por un lado, estaba el factor estético: frente a los hombres soñados no hay que preocuparse por disimular las varices, por ejemplo, ni meter la tripa para aparentar una esbeltez nunca habida, porque ellos no se fijan en esas cosas. Por otro lado, existía la tranquilidad de saber que las idealizaciones son mucho más fiables que la realidad: un sueño es puntual, cadencioso, fiel, y no se fija en las piernas de otras mujeres ni hace comparaciones desagradables; un sueño es benigno, deja buen sabor de boca por las mañanas, y si alguna vez —Dios no lo permita— acaba convirtiéndose en una pesadilla, el dolor de la traición no puede ser nunca tan grande como el dolor de las traiciones en la vida real.

Así pasaba el tiempo. Y todas las noches, fiel a su cita, Ana Isabel repetía una y mil veces su locura nocturna, siempre idéntica. Cerraba los ojos y enseguida se veía a sí misma en el estanco. Era una tarde de tormenta con el cielo oscuro, y ella estaba trepada en la escalerita de mano. Vestía una falda roja (un tanto apretada para su rolliza humanidad, pero eso en sueños ni se nota), y amontonaba cajas de cigarrillos en el estante más alto, cuando, de pronto, sonaba la campanilla, la puerta se abría, y Gonzalo entraba con el cuello de la cazadora subido para protegerse del frío. Ana Isabel se volvía sonriente, acomodaba su falda roja y se disponía ya a bajar, pero él, ansioso, la cogía por las rodillas

y luego por el cuello para caer los dos rodando juntos tras el mostrador. Ahí, el sueño concluía castamente. Una pena —pensará el lector, ávido de detalles más precisos sobre lo que ocurría después—, pero no podía ser de otro modo: las almas que pecan de púdicas lo son en toda circunstancia, y la de Ana Isabel jamás se hubiera permitido una salida de tono, ni siquiera por ensoñación.

Durante el día, en las largas horas que pasaba en el estanco, Ana Isabel se entretenía soñando despierta. Eran horas deliciosas en que se dedicaba a recrear su sueño. Y lo desmenuzaba, y le daba mil vueltas para extraerle todo su maravilloso jugo. Sin embargo, de vez en cuando le asaltaba el temor de que tanta lucubración pudiera desgastar el efecto mágico de sus ensoñaciones. Cuando esto ocurría, Ana Isabel daba un leve giro a sus pensamientos y se dedicaba a otras fantasías paralelas. Así fue que llegó al convencimiento de que en el éter debía de existir un lugar de reunión donde acudían las mentes dormidas. Y aunque no era demasiado amiga de los libros, a partir de entonces se propuso instruirse en todo lo relacionado con el mundo de los sueños.

«Dígame, don Justino, ¿usted cree que es posible que dos personas que no se conocen, que no se han visto nunca, sueñen la una con la otra?», le preguntó una tarde al dueño de la librería de la esquina, a quien consideraba persona muy instruida. Y el librero, que no creía en pamplinas, le contestó que sin duda que sí, y aprovechó su buena predisposición para venderle varios libros de psicología que, polvorientos, esperaban hacía años una ocasión como aquella. De su lectura, Ana Isabel no sacó ninguna conclusión clara sobre el punto que le interesaba, pero lo achacó al hecho de que aquéllos debían de ser libros muy difíciles para alguien como ella: así que los cerró y continuó deseando y soñando.

Pasaron muchos meses de frenesí nocturno. Muchos meses también de tedio y esperanza despachando en el estanco, cuando por fin, una tarde lluviosa —debió de ser por el mes de enero—, la campanilla de la puerta repiqueteó en el preciso momento en que Ana Isabel se había encaramado en su escalerita de mano. Supongo que no sorprenderé a nadie si digo que ella estaba amontonando cajas de cigarrillos en el estante más alto, y que —extraña coincidencia— su cuerpo trapezoide lucía amortajado en una falda de tubo roja. Se volvió y, como en sus sueños, vio que aquél era el hombre de su vida. Estaba de pie junto a la puerta, el cuello de la cazadora le cubría casi el rostro, y comenzó a avanzar con paso rápido hacia ella.

Lo primero que sorprendió a la señorita fue el tono de voz de Gonzalo. Quizá por ser ella una mujer antigua, sus sueños eran mudos, como las películas de antaño; la realidad, en cambio, aportaba ahora toda una orquesta de sonidos: el golpe seco de la puerta, seguido de un chasquido que ella reconoció como el deslizar del cerrojo, y luego, fría, barriobajera, la voz del hombre que, al aproximarse y tomarla por las rodillas, decía algo que sonaba así: «Baja de ahí y abre la caja, cono.» Como en un sueño, como en una pesadilla, Ana Isabel se vio arrastrada tras el mostrador, y mientras caía, aún tuvo tiempo de ver aquel feo colmillo de oro que asomaba de la boca seca y desencajada de su hombre. Después pudo apreciar, en la dolorosa lentitud de los minutos de angustia, muchos otros

detalles de Gonzalo que nunca había soñado: la navaja que extrajo de un bolsillo para apuntarle a la garganta, sus ojos enfermos y el temblor que le recorría todo el cuerpo.

—Dame la tela, gorda cabrona... Venga la llave, que como grites, te rajo...

Y de pronto Gonzalo se calla, para luego añadir:

— ¡Coño!, ¿qué es esto?, pero no puede ser..., no puede ser.

Dicen que fue su grito de auxilio lo que la perdió. Cuentan que si se hubiese quedado calladita aquello hubiera acabado, como en tantos otros atracos, en un mal rato y un parte a la compañía de seguros. Hablan sin cesar de lo que ocurrió esa tarde, pero nadie se explica cómo un chorizo, por muy drogadicto que fuera, pudo hacer una cosa así, y sin ningún motivo además, porque muy pronto se comprobó que, aunque la caja registradora estaba abierta, no parecía que hubieran robado nada.

Cuando la encontraron, ella estaba en un charco de muerte. El rostro intacto, el pecho también, pero el vientre cosido a navajazos. La sangre se confundía con jirones de la falda roja, como si el hombre que le arrancó la vida hubiese querido arrancarle, sobre todo, esta prenda. Un crimen cruel y sádico de esos que nadie consigue entender, ni siquiera su autor.

A pocos metros del estanco, en el bar La Bufanda, un hombre acaba de entrar en los retretes y se ha encerrado allí. Ha sacado una mano del bolsillo de su abrigo y al verla ensangrentada vuelve a ocultarla a toda prisa, mientras la restriega con fuerza contra el forro. Luego se deja deslizar lentamente hasta quedar en cuclillas, la cara contra una pared de baldosines que un día debieron de ser blancos. Con cuidado, ha hecho asomar su mano derecha, deseando no ver lo que ve: las uñas bordeadas de rojo profundo y los dedos pegajosos y fríos. Se oyen pasos, él intenta esconderse tras la taza; los pasos se acercan. Ahora asoman bajo la puerta de su cubículo los zapatos de un hombre, negros y acordonados. Gonzalo, o como quiera que se llame, ha dejado que su cuerpo se agite víctima de un amago de mono, ya no le preocupa lo que le pueda ocurrir más tarde. Pero, aún así, un viejo mecanismo de defensa que creía atrofiado se pone en marcha de improviso y, como un niño que ensaya previamente la explicación que va a dar de su última travesura, contornea los baldosines con dos dedos mientras repite: «Tuve que hacerlo, joder, compréndalo, era ella, se lo juro..., usted habría hecho lo mismo: esas piernas amor-ciliadas, esa falda roja, apretada y horrible..., era ella le digo, ella, la tía gorda que me abraza en todas mis pesadillas...»